

Contenedores de usado

Me ha sorprendido ver en un hipermercado de Córdoba un gran contenedor con un cartel que decía: “Para El Salvador”. Dentro había muchos libros de texto de primaria, secundaria y bachillerato que ya no sirven a nuestros escolares. Mientras deambulo entre los *best-sellers* y los libros de saldo, pienso en lo relacionadas que están las ideas de la caridad y del derroche. Con los libros de los escolares hay, además, algo que no entiendo, y es ese afán de no sé quién por cambiar los libros cada año o cada no sé cuántos (pocos) años. Tiene que haber oscuros intereses económicos detrás de estos cambios, pues tanto no avanzan las Matemáticas, o la Física, ni tanto mudan los mapas de la Geografía Política, ni el Everest merma o crece tanto de un año para otro, ni deja de pasar el Guadalquivir por Sevilla para pasar por Almería, pongo por caso. Y ya que no hay razones para el cambio de contenidos, tampoco el progreso de la Pedagogía es tal que justifique tanto cambio de formas. Y habrá quien diga que la Pedagogía no sólo no avanza, sino que va para atrás, y quien con no poca razón diga que aquí sobran bonitos libros que motiven a los alumnos y faltan libros sencillos y más estima por la voluntad.

Quizá sea porque la idea del cambio por el cambio (es decir, por pura moda) se oculta tras más de una idea del cambio necesario. O quizá sea esa manía de todo el que llega a un sitio de cambiar lo que otros han hecho antes que él, o esa idea de valorar más todo lo de ahora que lo de antes, lo nuestro que lo de otros. Entiendo que ese humano error es el que ha podido cometer el alcalde de Mérida cuando a una calle llamada *Pitágoras* le ha puesto el nombre de *Luis Ramallo* con el argumento de que Ramallo ha hecho más por Extremadura que Pitágoras. De todas formas, aquí sí hay argumento para el cambio de libro de texto. No otro, sino el espacio ocupado en sus libros por Pitágoras y sus teorías de los números y de la inmortalidad del alma debe dedicarse ahora a la teoría política de Ramallo, primer presidente preautonómico de Extremadura, político

cañero, que ahora se halla representando el muy hispano papel de alguacil alguacilado por sus relaciones con los dueños y directivos de Gescartera.

Y hablando de Gescartera, he leído que Laura García Morey, la compañera sentimental de Camacho, dueño de Gescartera, ha declarado que éste disponía en su vestidor particular de un centenar de trajes y 40 gafas de Armani. Ante la visión de los libros amontonados en el contenedor, me acuerdo de los sellos usados que recogían antes para –nunca he sabido cómo– destinarlos a las misiones en el Tercer Mundo; me acuerdo de las medicinas caducadas que dábamos para ser enviadas a esos mismos países, me acuerdo de nuestra ropa inservible que se apila en contenedores cuyo fin último es ser útil en cuerpos menos afortunados que los nuestros y me acuerdo, entonces, de los trajes de Armani de Camacho. Cuando Camacho engorde, o cuando adelgace, o cuando una mínima mancha rompa la impoluta perfección de su fachada de triunfador, podrá dejar, no uno, sino muchos trajes de Armani en contenedores de ropa usada. Vestidos de inservibles trajes de Armani y estudiando en nuestros libros las inservibles teorías de Pitágoras, así es como me imagino a los alumnos adultos de las escuelas del Tercer Mundo. Y no me parece una mala imagen para ilustrar la relación entre caridad y derroche.

Juan Bosco Castilla